

GACETA LITERARIA

CHIHUAHUA



CARLOS
MONTEMAYOR

JORNADAS DE LECTURA 2026

EDICIÓN N° 3 ~ JUNIO 2026~ CHIHUAHUA, MÉXICO

Fotografía: Susana de la Garza

SEMBLANZAS



Victoria Montemayor Galicia

COORDINADORA GENERAL DE CONTENIDO

Doctora en Educación, Artes y Humanidades y Maestra en Humanidades por la Universidad Autónoma de Chihuahua, egresada de la carrera de Lengua y Literatura Modernas Letras Italianas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha participado en Congresos nacionales e internacionales de poesía de los Siglos de Oro, Renacimiento, Barroco, literatura europea, mexicana e hispanoamericana. Entre las sedes de Congresos internacionales destacan: la Universidad de Queens en Nueva York, la Universidad de Chicago, Illinois, el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM, y el Colegio de México. Autora del libro "Petrarca y la poesía del Renacimiento", publicado por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Catedrática de literatura española e italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de la UACH. Actualmente es la coordinadora de las licenciaturas en Letras Españolas e Hispanoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras, y maestra de lengua italiana en el Centro de Idiomas de la UACH. Colaboradora en Voces de mi Región y organizadora del Festival de Poesía de Chihuahua desde 2016.



REVISTA DE CULTURA - CUU

Es una producción de



vocesdemiregion.com



Voces de mi Región



vocesdemiregion



6141553031



vocesdemiregion@live.com.mx



Jorge Alan Flores
Colaborador Literario

Doctor en Filosofía con Acentuación en Estudios de la Cultura, por la Universidad Autónoma de Nuevo León, titulado con mención *Magna Cum Laude*. Ha realizado estancias posdoctorales en la Universidad de Murcia y en la Universidad de Sevilla.

Es autor del libro “Las lecturas filosóficas de Jorge Luis Borges” UACJ 2024 y “El mar mismo: acercamiento a la obra de Enrique Servín Herrera” Medusa 2025, además de coordinador de los libros “Ensayos Analógicos un homenaje interdisciplinario a Maurice Beuchot” UACH 2026 y “Aporofobia: Dignidad y Derechos Humanos, Medusa 2026.

Ha publicado una veintena de Artículos y capítulos libros, y ha sido ponente en más cincuenta Congresos y Coloquios nacionales e internacionales, en EEUU, España, Colombia y México.



Iliana Olmedo
Colaboradora Literaria

Autora de la novela *Chernóbil* (Siglo XXI-Colsin-UNAM. XV Premio Internacional de Narrativa Siglo XXI), de los libros de ensayo, *Itinerarios de exilio. La obra narrativa de Luisa Carnés* (Renacimiento, 2014) y *Narrativas Periféricas. Historia e historiografía del exilio español* (Peter Lang, 2019) y del relato infantil *Salir del bosque* (UAS, 2025). También ha recibido el Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo 2012 y el Concurso sobre alebrijes 2013 de cuento infantil. Es doctora en Filología por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y miembro del Grupo de Estudios del Exilio Español (GEXEL). Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores y del Sistema Nacional de Investigadores de México. Ha publicado en distintos medios españoles y mexicanos.



Vicente Alfonso
Colaborador Literario

Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, por más de dos décadas ha ejercido el periodismo cultural. Es autor de las novelas *La noche de las reinas*, *La sangre desconocida*, *Huesos de San Lorenzo* y *Partitura para mujer muerta*, así como del libro de crónicas *A la orilla de la carretera*. Sus novelas han sido traducidas al alemán, italiano, griego y turco. Una selección de su trabajo como reportero y entrevistador ha sido publicada bajo el título *Crucigrama, conversaciones sobre literatura* (UANL, 2026). Ha recibido, entre otros, el Premio Iberoamericano de Periodismo Ciudades de Paz (auspiciado por la UNESCO, la UCCI y el Ayuntamiento de Madrid), el Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz, el Premio Bellas Artes de Crónica Literaria Carlos Montemayor, el Premio Nacional de Cuento María Luisa Puga, el Premio Nacional de Novela Negra Una Vuelta de Tuerca y el Premio Nacional de Novela Élmer Mendoza. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, el Sistema Nacional de Creadores de Arte de México y la Casa-Estudio *Cien años de Soledad*.



Carlos Alfredo González Olvera
Colaborador Literario

Maestro en Estudios y Procesos Creativos en Arte y Diseño por la UACJ y Licenciado en Música por la UACH. Guitarrista clásico y eléctrico, compositor e investigador-artista, su trabajo se centra en la composición de paisaje sonoro, la música acusmática y la investigación sonora vinculada con la escucha, la memoria y el territorio. Ha realizado estudios en composición, producción de audio y ecología acústica, incluyendo cursos impartidos por Barry Truax. Su obra y proyectos sonoros se han presentado en espacios como el Festival de Arte Nuevo, MUSLAB Ecuador, Flora Artspace en Texas y el Museo de Arte de Ciudad Juárez. Entre sus trabajos destacan **Tríptico Gnóstico**, **Chihuahua: un paseo sonoro** y **La bestia**. En 2013 obtuvo el Premio Chihuahua de composición con la obra **Urgell**, basada en textos de Carlos Montemayor. Actualmente es docente en la UACJ en las licenciaturas de Diseño Digital de Medios Interactivos y Producción Musical.



Paola Chaparro
Colaboradora Literaria

Originaria de Hidalgo del Parral, Chihuahua. Es profesora investigadora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH) y una académica cuya trayectoria se caracteriza por un cruce entre filosofía, sociología y teoría política, orientado al análisis crítico de las sociedades contemporáneas. Doctora en Filosofía con acentuación en Estudios de la Cultura por la UANL (Summa Cum Laude). Su formación interdisciplinaria se complementa con estudios en artes liberales, género, historia del arte y métodos cualitativos en instituciones chilenas de referencia. Forma parte del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores de México (nivel I). Actualmente es profesora invitada en la Universidad Central de Chile, sede Santiago. Su producción académica ofrece una lectura situada sobre cómo el poder se inscribe en las prácticas sociales y la conformación de las subjetividades contemporáneas en América Latina.



Carlos Montemayor Romo de Vivar
Colaborador Literario

Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestro en Filosofía, por la New School for Social Research, y Doctor en Filosofía por la Universidad de Rutgers. Profesor de Filosofía en la Universidad Estatal de California en San Francisco. Es autor de *Minding Time: A Philosophical and Theoretical Approach to the Psychology of Time* (Brill, The Netherlands, 2013), co-autor (con Harry H. Haladjian) de *Consciousness, Attention, and Conscious Attention* (MIT Press, 2015), y co-author (con Abrol Fairweather) de *Knowledge, Dexterity, and Attention: A Theory of Epistemic Agency* (Cambridge University Press, 2017). Su libro más reciente, de acceso libre, es *The Prospect of a Humanitarian Artificial Intelligence: Agency and Value Alignment*.



Valente Beckdorf Chacón
Colaborador Literario

Estudiante de la Licenciatura en Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Egresado del Tecnológico de Monterrey, donde se especializó en Artes y Humanidades, ha recibido varios reconocimientos por su trabajo creativo de dicha institución. En 2023 fue seleccionado como dramaturgo en el X Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes Jesús Gardea, y en 2024 obtuvo Mención Honorífica en los Premios Jóvenes de Literatura por su cuento *Kati Miledi*. Colabora como editor (ocasional traductor) e ilustrador en la UACH, y ha publicado en revistas como *Rastro*, *Afinidades*, y en antologías de la editorial *Logos*.



Erick Arenas Góngora
Colaborador Literario

Coordinador del Programa de Periodismo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), Maestrando en Estudios y Procesos Creativos en Arte y Diseño y cuenta con más de 15 años de trayectoria en la investigación de narrativas cinematográficas y medios de comunicación. Su perfil integra la formación académica con la práctica profesional como editor, productor audiovisual y crítico, habiendo publicado artículos de investigación y colaborado en diversos medios independientes y universitarios. En el ámbito de la gestión cultural, se ha desempeñado como Jefe de Marketing Cultural de la UACJ y ha fungido como jurado en certámenes nacionales de prestigio, tales como el Premio Nacional de Artes y Literatura y EFICINE Distribución. Su labor se extiende a la curaduría cinematográfica y la facilitación de talleres para la formación de públicos críticos en Ciudad Juárez.



Rebeca Alday
Colaboradora Literaria

Ha colaborado en la revista Voces de Papel y DigoPalabra Ediciones. Participó en el Poetry Slam: Edición Primavera, en el cual resultó tercer finalista. En 2025 impulsó su primer montaje de lectura dramatizada, La Siembra, de su autoría, presentado durante la Semana del Humanismo de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Es fundadora y editora de la revista Rastro.



Federico Mancera
Colaborador Literario

Centro de Investigación y Docencia, Educación, Postdoctorado Doctor en Pedagogía Crítica (PhD), por el Instituto de Pedagogía Crítica (IPC), Maestro en Educación por el Centro de Investigación y Docencia (CID), Geógrafo, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesor-investigador de tiempo completo del Centro de Investigación y Docencia. Coordinador del Cuerpo Académico Desarrollo y Gestión Intercultural en Educación, Becario del Fondo Estatal para la Cultura y Las Artes "David Alfaro Siqueiros", Premio Nacional "Antonio García Cubas", INAH, Presidente de Desarrollo Comunitario y Alternativas Ambientales AC, Investigador Nacional, Sistema Nacional de Investigadores-CONACyT. Nivel I



Ulises Bravo López
Colaborador Literario

Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México y licenciado y maestro en Letras Clásicas por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente se desempeña como investigador posdoctoral en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Es miembro del SNI (Candidato). Ha sido profesor de Latín e Historia de la Filosofía en Roma en el Colegio de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras, así como profesor de traducción latina en el colegio de Filosofía de la misma Facultad y del Seminario de Estudios Históricos de la Edad Media del Instituto de Investigaciones Históricas. También impartió clases como profesor de asignatura en la facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es miembro del Seminario de Estudios Literarios del Siglo de Oro y del Seminario de Estudios Virgilianos, ambos del Centro de Estudios Clásicos del IIFI. En 2018 fue merecedor de la medalla al mérito universitario "Alfonso Caso". Ha organizado y participado en Congresos nacionales e internacionales. Sus principales intereses son la literatura latina de los siglos I a. C. y I d. C., y la tradición clásica en la literatura del Siglo de Oro español y de la Nueva España. Es autor de varios artículos, publicadas en revistas especializadas y coordinó también el libro La imaginación filológica, próximo a publicarse en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

ÍNDICE

Aproximaciones a la obra de Carlos Montemayor Victoria Montemayor Galicia	7	Visitación Rebeca Alday	28
Reconstruir el pasado para entender el presente: Guerra en el Paraíso, de Carlos Montemayor Iliana Olmedo	8	Del retorno a las minas Vicente Alfonso	29
Carlos Montemayor: la militancia recurrente Ulises Bravo López	10	Aproximaciones al desierto y a los sueños en los relatos “El regreso” y “Ramadán” Victoria Montemayor Galicia	31
Luz sobre la memoria: Carlos Montemayor y la escritura de lo real en la pantalla Erick Arenas Góngora	12	La ciudad que recuerda en silencio: el territorio en la obra de Carlos Montemayor Paola Chaparro-Medina	33
Sin Belleza no hay Justicia Jorge Alan Flores Flores	14		
Montemayor y Villoro Carlos Montemayor Romo de Vivar	16		
Aquello que no tiene fin Valente Beckdorf	18		
La lectura como escucha: traducción sonora en Tríptico Gnóstico Carlos Alfredo González Olvera	21		
Carlos Montemayor, <i>Carmina Burana</i> y los Goliardos. Federico J. Mancera-Valencia	24		

APROXIMACIONES A LA OBRA DE CARLOS MONTEMAYOR

Victoria Montemayor Galicia

Esta edición especial de la Gaceta 2026 reúne un corpus de ensayos breves que abordan distintas temáticas desde diversas miradas la obra del escritor parralense Carlos Montemayor.

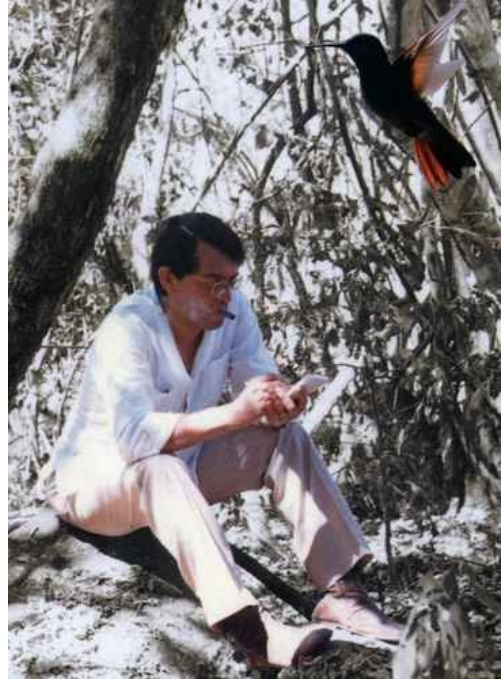
Iliana Olmedo realiza un breve análisis crítico sobre la importancia histórica de *Guerra en el Paraíso* y cómo la obra narrativa de Montemayor revela un compromiso que no solo se limita al análisis de las estructuras históricas que sostienen nuestra realidad presente sino al ejercicio metódico de la forma y el uso de las palabras.

Ulises Bravo López nos comparte una reflexión sobre la militancia, la obra de carácter social, y la visión de Montemayor en el análisis de la guerrilla, y cómo ese primer encuentro con *Guerra en el Paraíso* lo marcaría en un año emblemático como fue 1999 en la historia de la UNAM.

Erick Arenas Góngora nos presenta una parte poco explorada en el escritor parralense: el guión cinematográfico. Comenta con acertada mirada crítica dos obras que han sido llevadas a la pantalla grande: *Las mujeres del alba* y *El petróleo que fue de México*.

Jorge Alan Flores Flores comparte una reflexión filosófica sobre la importancia de la novela testimonial de Montemayor, y su importancia dentro del canon de la literatura mexicana.

Carlos Montemayor Romo de Vivar desde una perspectiva filosófica nos acerca a Montemayor como filólogo y traductor de



textos griegos y latinos, y la importancia que éstos tuvieron en su formación.

Valente Beckdorf nos comparte un breve análisis sobre la bruma, la muerte, el retorno y la burla melancólica en el relato *La muerte de Tsín Pau*.

Carlos Alfredo González Olvera comparte un breve ensayo en el que destaca la atmósfera sonora en la narrativa breve de Montemayor, compartiendo la posibilidad de escuchar su creación a partir de diversas lecturas de *Las llaves de Urgell*.

Federico Mancera aborda el tema de la importancia de la traducción de Montemayor de los versos goliardos de



Carmina Burana y nos acerca a ese universo medieval goliardo.

Visitación de Rebeca Alday nos hace reflexionar sobre el papel de la poesía y el entrañable terruno del que nunca se desprende, de la memoria que permanece.

Desde las profundidades de la mina de Parral, el contacto cariñoso con el abuelo, las incursiones en el corazón de la mina y a cielo abierto, Vicente Alfonso nos lleva a

cielo abierto, Vicente Alfonso nos lleva a un recorrido y a un *Retorno a las minas* y al encuentro de *Mal de piedra* y lo que la novela generó en su espíritu crítico.

Paola Chaparro-Medina realiza una reflexión sensorial sobre las imágenes, la memoria, el sonido intempestivo de la lluvia, del río, los silencios, y cómo éstos configuran el universo creativo de Montemayor que orbita una forma de percepción en su natal Parral.

RECONSTRUIR EL PASADO PARA ENTENDER EL PRESENTE: GUERRA EN EL PARAÍSO, DE CARLOS MONTEMAYOR

Iliana Olmedo



En la historia de la literatura mexicana, pocos autores han abordado con tanta dedicación y rigor el ejercicio del novelista como Carlos Montemayor. Su obra narrativa revela un compromiso que no solo se limita al análisis de las estructuras históricas que sostienen nuestra realidad presente sino al ejercicio metódico de la forma y el uso de las palabras. Su novela señera, *Guerra en el Paraíso*, publicada por primera vez en 1991, representó un parteaguas en la narrativa mexicana, ya que abordaba un tema que había sido silenciado de manera sistemática por la oficialidad y el poder: la masacre y persecución ejecutada por el gobierno durante décadas a la guerrilla de Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero.

Los temas de la guerrilla y el guerrillero habían sido tratados de manera testimonial por sus participantes o contemporáneos, como *¿Por qué no dijiste todo?* (1980) de Salvador Castañeda o *La fórmula* (1971) de Juan Miguel de Mora. Sin embargo, en la novela de Montemayor subyace el propósito explícito de evaluar el pasado a través de una ficción fuertemente arraigada en hechos comprobables. Es decir, años después de ocurridos los sucesos, Montemayor los recrea para mostrar una versión alterna a la que la oficialidad se había obstinado en eliminar.

En 1991, momento de su publicación, *Guerra en el Paraíso* sacudió a los lectores, puesto que borró la concepción armónica y



Fotografía: Danilo de Marco

sin eventos que se tenía acerca de la historia de México. No solo demostró la existencia de grupos armados de oposición durante la década de los años setenta, sino que hizo evidentes las acciones represivas dispuestas desde el gobierno, en particular durante los gobiernos de Díaz Ordaz y Echeverría, para silenciar estas manifestaciones disidentes. Acciones que incluían asesinatos masivos, levantamientos extrajudiciales, desaparición de personas y los terribles vuelos de la muerte. Estos hechos, que se conocen como *guerra sucia*, transformaron sin duda la percepción histórica del México de la segunda mitad del siglo XX.

En esta novela, Montemayor construye una visión múltiple que se basa en una polifonía de voces que desde distintas perspectivas revelan la crisis política que vivía el país en

los años sesenta y que lo perseguirán, como una sombra, hasta finales del siglo XX.

La producción novelística de Carlos Montemayor se articula como una tetralogía que problematiza la historiografía oficial. A través de obras como *Guerra en el Paraíso*, el autor ejerce una función de desmitificación discursiva. Sus novelas no solo recuperan eventos marginados por el Estado, sino que cuestionan los mecanismos de construcción de la Historia y sus criterios de exclusión. Con pleno dominio del arte literario, Montemayor realiza una reconstrucción indispensable del pasado, que nos dice mucho acerca del presente. Su obra funciona como una herramienta crítica que confronta al lector con la historia que ha sido negada.

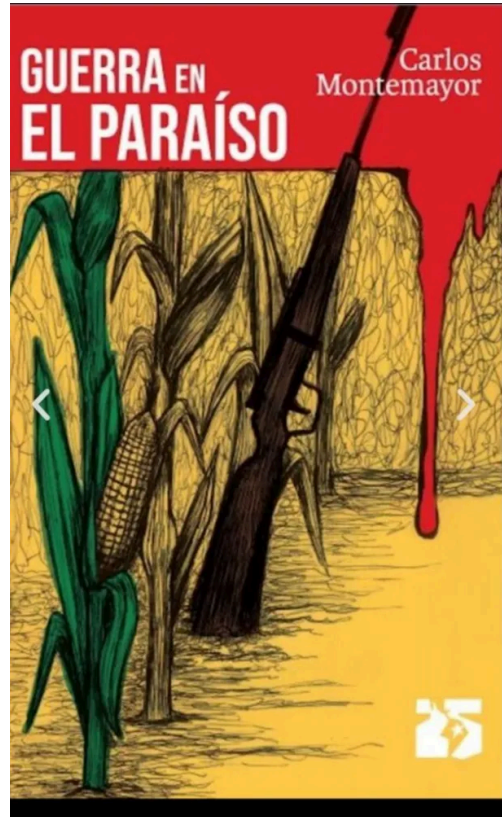
CARLOS MONTEMAYOR: LA MILITANCIA RECURRENTE

Ulises Bravo López

Nací en un barrio popular al sur de la Ciudad de México. Mi familia pertenece a la clase trabajadora de este país. Mi madre y toda mi familia han sido siempre militantes de izquierda. Y yo pertenezco a una generación que en 1999 defendió la gratuidad de la educación en México. Fue allí, en las fogatas de medianoche, rodeado por la juventud rebelde del CCH sur, donde oí por primera vez hablar de Carlos Montemayor. No recuerdo bien cómo, pero de pronto estuvo entre mis manos una edición de *Guerra en el Paraíso* que devoré con una mezcla de fascinación e indignación.

Fue a través de esta novela que conocí una herida profunda de mi patria, de mi familia y de muchos conocidos. Aunque hay probablemente poco más de una decena de novelas anteriores sobre el tema, todas ellas editadas de manera muy artesanal y casi clandestina, la novela de Montemayor, por su proyección e importancia en la escena cultural y literaria, rompió el cerco de la censura con que el Estado mexicano quiso esconder el doloroso proceso conocido como “guerra sucia”, en el que torturó, asesinó y desapareció a miles de luchadoras y luchadores sociales que en el campo y en la ciudad estuvieron dispuestos a pagar con su vida nuestra libertad.

Sólo entonces, cuando leí en las páginas de la novela de don Carlos la dignidad del profesor Cabañas y del pueblo guerrerense, cobraron sentido viejos recuerdos y pude dimensionarlos. Apenas cinco años antes, en la fría mañana del primero de enero de 1994, en Chiapas una rebelión indígena armada había frustrado



las aspiraciones tecnocráticas del salinismo por pertenecer al “primer mundo” y había puesto en evidencia la farsa de su gobierno. Dos años después, ahora en las montañas de Guerrero, otro grupo armado recordaba con su aparición que la lucha de Cabañas y de Vázquez seguía más viva que nunca. De manera que la novela de Montemayor en 1999 tenía una vigencia innegable.

Muchos en ese momento la leímos con avidez.

Estoy seguro que en mí y en muchos compañeros afianzó o despertó la convicción de luchar por causas justas, por reivindicar la memoria de los que nos antecedieron y por no olvidar nunca las atrocidades de la violencia de Estado.

Como cualquier adolescente con inquietudes literarias, la novela de Montemayor significó para mí otra revelación: el arte, en cualquiera de sus formas, pero particularmente en el literario, no es un elemento aislado, puro, apartado de la realidad, un escape de ella. Al contrario. Toda manifestación artística es una toma de postura frente a esa realidad que nos circunda. Así lo ha sido siempre en el trabajo literario de Carlos Montemayor. Desde sus primeros poemas hasta sus últimos ensayos. Pues, como nos lo hizo saber en su “Discurso no requerido”, la creencia de que el político es un hombre de acción y el escritor uno de imaginación es absolutamente falsa. El escritor encuentra en la palabra su propia praxis. Y la de Montemayor fue una praxis militante. Su compromiso estuvo siempre con las causas populares, con los pueblos indígenas, con la historia no institucional. Fue un agudo lector de la realidad mexicana que se dedicó a “contrastar las visiones oficiales con las realidades sociales y humanas.” Sus novelas, sus ensayos y su poesía, aunque así lo dicte la teoría literaria, no son géneros distintos. Forman parte de una misma necesidad de explicar las contradicciones y complejidades, por ejemplo, de lucha armada en el país y de los movimientos sociales en general. Entendí, como pocos, que los movimientos armados, particularmente los campesinos y rurales, son antes que un proceso ideológico, un proceso social y que, por lo tanto, la infame violencia que el Estado ejerce contra ellos, aun cuando logre aniquilarlos, no aniquila las demandas que les dieron vida.

Y por eso regresan, a veces con más fuerza, y siempre con más simpatizantes. La guerrilla recurrente no es sólo el título de un ensayo sino la descripción de una realidad. Incluso en sus ensayos menos políticos, Montemayor ya perfilaba el tono de su literatura militante, crítica. En un ensayo sobre la tragedia griega acuñó el concepto de “conciencia moral”, que definió como la capacidad que tiene el hombre de reflexionar sobre la veracidad de su libertad. Es ahí, dice Montemayor, en la tragedia griega, donde se conforma una nueva literatura realista, apegada a las acciones humanas “de una orientación que difícilmente podemos dejar de llamar social, de mensaje, de una actitud que se ha comprometido no con asuntos sobrehumanos o fines que alcanzan a una aristocracia, sino con el hombre común, el hombre de todos los días, al cual se dirige e intenta enseñar.”

Después de ese abril de 1999 en que conocí *Guerra en el Paraíso* leí otras obras de Montemayor con entusiasmo y dispuesto a aprender. Y cada que vuelvo a cualquiera de sus páginas encuentro al militante de siempre y al profesor paciente que, sin saberlo, da lecciones de consecuencia política e intelectual. Creer en las causas justas no es una moda ni un eslogan. Es como el oficio literario al que Montemayor se refiere en un ensayo del mismo título: “la literatura comprometida es la más difícil vía que el escritor puede asumir, pues supone dos cosas: la militancia y la obligación de hacer poesía con calidad literaria”.

LUZ SOBRE LA MEMORIA: CARLOS MONTEMAYOR Y LA ESCRITURA DE LO REAL EN LA PANTALLA

Erick Arenas Góngora

En el vasto archipiélago creativo de Carlos Montemayor, su relación con el séptimo arte permanece como una isla apenas cartografiada. Sin embargo, algunos de sus trabajos han sido adaptados al cine con éxito, aunque no se perciban como éxitos en el espectro comercial de dicha industria. Sin embargo, esto no tendría que ser el caso pues dichas obras contienen el espíritu de un hombre que se dedicó a estudiar y visibilizar diversos fenómenos históricos y socioculturales que afectaron y dejaron marca en nuestro país. Mientras la industria del cine nacional y comercial suele refugiarse en la comodidad de la comedia y el drama convencional, el cine de aliento social —donde habita el espíritu de Montemayor— encuentra su cauce natural en la profundidad de los circuitos culturales.

De las obras de Montemayor, preparadas o adaptadas específicamente para el cine, resaltan dos de factura reciente a las que habría de ponerles mayor estudio, atención y difusión. La primera es *Las mujeres del alba*, adaptación de la obra homónima, en una versión filmica dirigida por su hija Jimena Montemayor Loyo, que narra la historia de la toma del cuartel de Madera, Chihuahua en 1965, centrandó su atención en la resistencia y lucha de las mujeres y niñas de esa región. La película, que cuenta además con fotografía de Santiago Sánchez y música de Emiliano Motta, tuvo su estreno comercial en febrero de 2025. Hay que destacar que antes de su corrida en cines comerciales, la cinta se presentó en



varios festivales internacionales como el Festival Internacional de Cine de Guanajuato y el Festival Internacional de Cine de Guadalajara, ambos en 2023, logrando varias nominaciones y cosechando el premio a Mejor Fotografía en este último. Otro dato relevante en materia de exhibición de la cinta es que, en abril de 2025, la sala Arturo Ripstein de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ) la presentó en función especial de manera gratuita para la comunidad de esta ciudad.

Otro trabajo firmado por Carlos como coguionista es *1938: El petróleo fue nuestro*, dirigida por el veterano director Sergio Olhovich que, junto al escritor, comenzó un tratamiento literario enfocado al guión entre 1998 y 1999, esto a partir de que el Instituto Mexicano de Cinematografía (IMCINE) apoyara una investigación de Montemayor para rescatar la memoria social de la expropiación petrolera. Esta cinta, estrenada un mes después que la dirigida por Jimena (en marzo de 2025), se enfrentó a varios obstáculos antes de concretar su producción pues, a pesar del apoyo del IMCINE para la investigación del tema petrolero, la cinta no obtuvo el financiamiento para su realización. Casi una década después, en 2008, La Jornada Ediciones y el Sindicato Mexicano de Electricistas publicaron el libro *1938: El petróleo que fue de México. Argumento histórico para una película que aún no se ha filmado*, donde es posible conocer la forma en que Carlos concibió para la pantalla grande este pasaje de la historia nacional, pero que lamentablemente no pudo verla realizada. Con fotografía de Arturo de la Rosa y un elenco compuesto, entre otros, por Ofelia Medina, Ianis Guerrero y Sergio Bonilla, la cinta tuvo su corrida comercial en varias ciudades del país.

El trabajo de Carlos Montemayor en el cine es entonces un tema poco explorado, pero fértil, que puede abrir la conversación en sectores académicos y culturales, reafirmando todavía más su carácter de “hombre renacentista contemporáneo” pues no solo habitó la palabra escrita; la pensó con la profundidad de quien sabe que cada fragmento de nuestra historia merece la dignidad del encuadre filmico y confirmando lo que alguna vez Stanley Kubrick dijo: “Si puede ser escrito o pensado, puede ser filmado”.



SIN BELLEZA NO HAY JUSTICIA

Jorge Alan Flores Flores

I wanted to find some intellectual or aesthetic framework which would let me – in a thrilling phrase which I came across in Yeats – ‘hold reality and justice in a single vision’.

Richard Rorty

La potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello.

Platón

Se tiene que iniciar por Carlos Montemayor.

Si se quiere conocer la novela testimonial, si se quiere valorar la literatura chihuahuense, y pensar nuestra historia, entonces se tiene que iniciar por Carlos Montemayor. En la tarea fundamental y no realizada por definir el canon chihuahuense una certeza nos asalta: Carlos Montemayor está en la cima. Su estudio y comentario definirá por muchos lustros las reglas de nuestra literatura, y en cierta forma también nuestro destino.

Desconocer su obra y de manera muy especial sus novelas, representa una omisión barbárica y tristemente definitiva. No obstante, su literatura se encuentra latente en las estanterías e inmersa en el mundo digital, abierta a la lectura y el comentario. Fértil para completar nuestra identidad y abonar a la civilización.

Nuestra literatura es exigua, o si se quiere incipiente, lo cual está muy bien. Bien visto no hay razón para que sea de otra manera, somos una cultura joven todavía. Pero esa juventud requiere de orden y fundamento. En el centro de nuestro canon está Montemayor, difícil desplazar.



Fotografía: Danilo de Marco

Alí Chumacero y Carlos Montemayor

La centralidad de su genio es fundacional, *Las armas del alba* es parte esencial de nuestra cultura.

La dificultad de superar a Montemayor reside tanto en su dominio de los géneros como en la fuerza de sus ideales, he dicho en una nota anterior que el parralense encarna el *kalos kaí agathos*. Es decir, su inteligencia trabaja en favor de una teoría moral, en cuyo núcleo encontramos la reivindicación de los pueblos y la justicia social. *Guerra en el Paraíso* y *Las armas del alba* son dos ejemplos apoteósicos, dos novelas imprescindibles que definen un género.

La dificultad de superar a Montemayor reside tanto en su dominio de los géneros como en la fuerza de sus ideales, he dicho en una nota anterior que el parralense encarna el *kalos kai agathos*. Es decir, su inteligencia trabaja en favor de una teoría moral, en cuyo núcleo encontramos la reivindicación de los pueblos y la justicia social. *Guerra en el Paraíso y Las armas del alba* son dos ejemplos apoteósicos, dos novelas imprescindibles que definen un género.

No es fácil encontrar un texto literario -de cualquier índole- en el cual la estética trabaje y funcione en favor de un ideal moral, al menos no sin que aquella se agrie en ideología. El riesgo es altísimo y siempre presente, por eso la gran mayoría de los poetas despiertos prefieren explorar, depurar y encumbrar una estética lejos de cualquier compromiso. Montemayor es de esos escritores raros -como raros decía Nietzsche, son los filósofos- que no se contenta solamente con el esplendor de la palabra, en él trabajan siempre los ideales de la justicia, es pues, un platónico.

Para Richard Rorty la filosofía y la literatura son dos formas de ser abiertas. Permanentemente abiertas, infinitas. De manera que en su infinitud una posibilidad es la utopía. El poeta y el filósofo pueden pensar la utopía y pueden ensayar su edificación desde múltiples aristas. Para Montemayor, una de esas aristas era la reivindicación de los pueblos oprimidos: “Los pueblos aprenden a resistir cuando entienden que nadie más defenderá su dignidad”. El poeta funge como amanuense de estos pueblos,¹ a quienes habilita para su reivindicación en el futuro.

Esa nota de esperanza, acompañada por la belleza del lenguaje representó la búsqueda rortiana para conformar la utopía, -el camino correcto- fundir en una sola imagen realidad y justicia:

Por realidad entendía, más o menos, aquellos momentos wordsworthianos en los que [...] me había sentido tocado por algo numinoso, algo de una importancia inefable. Por justicia entendía aquello que tanto Norman Thomas como Trotsky defendían: la liberación de los débiles frente a los fuertes.” (Rorty).

Toda cultura, todo pueblo, toda persona, - dice Gonzalo Rojas- ha de buscar a su Homero, y con algo de suerte lo encuentra. Yo agrego, también ha de buscar a su Platón, para que mantenga viva la llama de la verdad en sus palmas y en su frente. Nací en Chihuahua y he tenido ocasión de recorrer las bibliotecas de Parral hasta Albuquerque, de conversar con mis maestros y colegas. Carlos Montemayor, no encuentro ningún otro faro que nos ilumine y oriente, tal como lo hizo el ateniense con el pueblo griego.

¹ Su tenaz y continuo trabajo como traductor, ratifica esta misma idea. La búsqueda del parralense no se limitó ni se sació mediante el estudio de las lenguas clásicas, sino que se completó en el rescate y preservación del Maya y el Rarámuri.

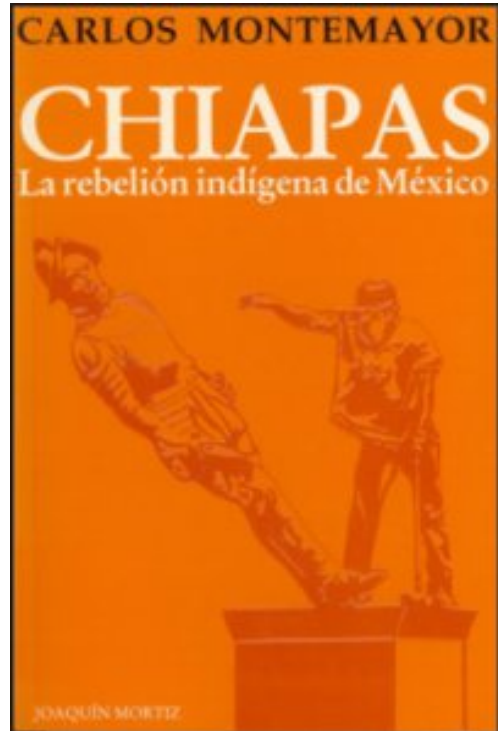
MONTEMAYOR Y VILORO

Carlos Montemayor Romo de Vivar

En *La Figura del Mundo*, Juan Villoro describe en gran detalle la trayectoria de su padre, el filósofo Luis Villoro, desde su perspectiva personal, como su hijo y como escritor. El mundo de las letras une a padre e hijo en la cuidadosa narrativa de este libro, que de paso relata etapas cruciales de la vida intelectual, cultural, y política de México.

En una parte del libro en donde Juan Villoro habla del poder que tiene el estudio del origen del significado de las palabras, y de cómo su padre convirtió su pasado como filósofo y pensador en un presente de activismo, afiliándose con los zapatistas, Juan Villoro compara a su padre con el escritor y activista Carlos Montemayor. Ambos, explica Juan Villoro, comienzan en la academia con un entrenamiento clásico, en el caso de Carlos Montemayor como filólogo y traductor de textos griegos y latinos, y en el caso de Luis Villoro como hermeneuta y traductor de textos filosóficos canónicos. Ambos pasan por una transformación política personal durante el movimiento estudiantil del 68, y ambos convierten su formación como intérpretes de las lenguas y el pensamiento del pasado en ideas para el presente, con el fin de comprender vigorosamente al mundo indígena del México de hoy, en toda su complejidad política.

Escribe Juan Villoro: “El autor de Guerra en el Paraíso entró en contacto con grupos guerrilleros, no sólo para contar su historia, sino para mediar entre ellos y el gobierno, y el autor de Los grandes momentos del indigenismo en México pasó del estudio de los tempranos antropólogos a asesorar a los zapatistas en el capítulo de autonomías de

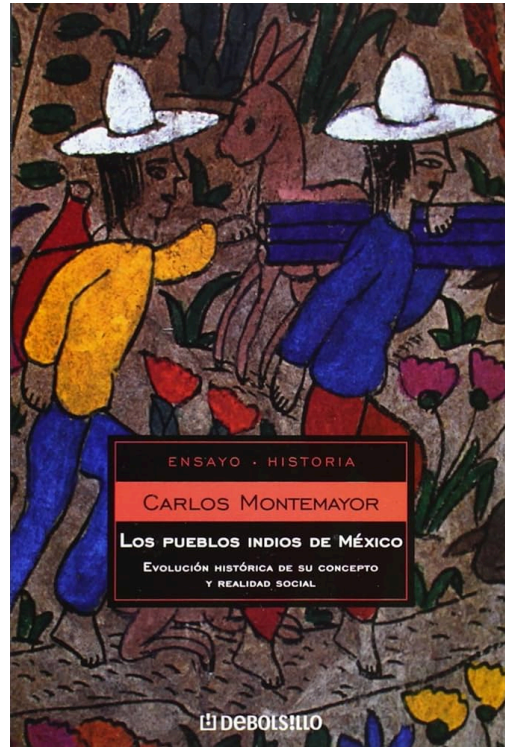


los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, firmados en 1996” (pp. 189-190).

Renovar el lenguaje demanda acción. La palabra del pasado remoto, en lenguas antiguas, se renueva con el espíritu creador del presente. El origen de las palabras son como un encanto que puede modificar al mundo como lo vemos ahora, permitiéndonos ver su futuro. El pensamiento profundo, coherente, y sostenido de este modo no puede tolerar una realidad disonante en donde la injusticia y la miseria prevalecen. Es como si el pasado demandara que el presente sea mejor. Que lo que se dijo antes con contundencia y validez no pierda vigencia.

Que los logros del pasado no se pierdan en un fango de arbitrariedad e inequidad. Quien habla las lenguas del pasado y entiende su significado permanente, comprende que el presente depende de dicho significado para renovarse y transformar al mundo en algo mejor. El mundo, como dijera Luis Villoro, es un milagro. Pero es un milagro que requiere de renovación. Si uno deja de atenderlo, si uno se apoya en la ignorancia para serle indiferente, el mundo sufre y se debilita.

La comparación que hace Juan Villoro entre su padre y Carlos Montemayor es atinada. Ambos sintieron la urgente necesidad de conectar el pensamiento con la acción. En un país de impunidad e injusticia, nadie de la estatura y conocimiento de Luis Villoro y Carlos Montemayor puede quedarse paralizado en cuestiones puramente académicas. De manera admirable, ambos tomaron la ruta incierta y precaria de la acción política. Su ejemplo sirve hoy de recordatorio para los mexicanos del presente y del mañana. Les debemos mucho como país a ambos pensadores y activistas políticos. Esa deuda nos exige mejorar al país del modo que se pueda, y en la medida en que podamos.



AQUELLO QUE NO TIENE FIN

Valente Beckdorf



Fotografía: Rogelio Cuéllar

Carlos Montemayor, Jorge Luis Borges y Pedro Meyer

Es el particular afán burlón, irónico y profundamente conceptual —porque decirle *intelectual* quizá termina por parecer más elogio que descripción— de Carlos Montemayor uno que lo une con el mismo juego en el que cae para entretenerse uno de sus hermanados escritores, y en algo quizá, maestro, Jorge Luis Borges: su gusto por estetizar, por un lado, la verdad mentirosa (y la mentira verdadera), junto a su ambigüedad al presentarla. En realidad Montemayor no escribe como Borges, ni en uso de su misma herramienta compartida.

Probablemente, no es que como erudito Montemayor —de su particular linaje de escritores— estuviese harto de la seriedad académica (lo más certero es que en el fondo la disfrutaba), de la referencia literaria concreta ni del dato fijo, del empape histórico, del intelecto en sí, o al menos no de forma notoria, pero quizá en una primera instancia nos revela el hecho que el intelecto literario, pasado un cierto nivel, exige vorazmente a sus acreedores — como en Borges también— una dosis de juego.

El juego de la muerte de Tsin-Pau no deja de serlo aunque sea uno particularmente cruel con su protagonista. Me inclino a pensar también que el relato le fue particularmente personal a su autor.

Cuenta *La muerte de Tsin-Pau (Las llaves de Urgell)* el retorno años después, cambiado, de Tsin-Pau a su lugar de origen, buscando ejercer de gobernante tras un largo tiempo de estudios. Mas ahí, una pesada decepción lo habría cambiado para siempre.

La lectura es una bruma. ¿Quién es Tsin-Pau? ¿Y a dónde vuelve? ¿Por qué los datos parecen querer ser precisos, sin serlo? ¿Dónde lo pondríamos temporalmente; en qué año ocurrió, pasado o futuro?

Montemayor ríe al presentarlo casi como la crónica misma de su desenlace mortuorio, con sus falsas referencias de nombres de cosas que no existen, pero engañosamente queriendo hacer dudar. Todo en ese universo conformado pareciera tener precedente serio. Suelta la carcajada quizá cuando sabe que el lector (que bien puede ser sí mismo) cae en la trampa, que fue víctima de la falsa referencia, y cuando investiga a la Calzada de los Templos o al mismo protagonista se ve a sí mismo burlado, pero en una burla algo melancólica, y peor aún sin respuestas, ni siquiera de intención.

En pocos recursos literarios tan modernos como ese —de la falsa referencia— puedo recordar, no libre de su aspecto negativo también. Que su uso esté privatizado, tanto del lado que escribe como del que lee. Eso lo convierte en un narrador oscuro.

Así operan muchos de los cuentos raros del escritor parralense —deliberadamente extraños— porque pretenden precisamente estorbar, perturbar y no explicar. Exactamente por ello rozan el sueño, la duda, el misterio, lo oculto (ni hablar de lo gnóstico en su otro compendio narrativo más famoso: *Cuentos gnósticos*), y en Tsin-Pau, lo lejano. Tan lejano que ese disfraz chino no es sino una invitación para no intentar ni descifrarlo, y mejor digerirlo como misticismo de entrada.

Tal vez demuestre, a primeras, esa necesidad de exotizar que se trata de algo literariamente mucho más mundano en su génesis, y alejado quizá paródicamente del tema mítico-legendario que usa solemne Montemayor.

Aun así, es totalmente comprensible la elección de ambiente al querer tratar un tema tan existencial como el de Tsin-Pau; por supuesto, sólo lo chino podría expresar de un modo que incomode *aquello que no tiene fin*. Aquí el problema es que no imagino con facilidad con qué objetivo. ¿Compartirnos su estado interior? ¿Dar un vistazo a su nebuloso mundo imaginario? Quizá algo que siento burbujear, al menos en inicio... ¿moralizar?

Si en el cuento hay muerte, es evidente leyéndolo que no se apunta hacia una muerte física, sino una muerte de índole espiritual. Es una que ocurre, dentro de su ambigua verdad, en su inventada psique, que podría tomarse desde un inicio, habiendo descubierto su falsedades, un defendible alter-ego del propio Montemayor.

Lo que presenta aparenta ser una confesión muy suya, un ánimo, una viñeta de emoción sentida, una reflexión personal, pero de algo que no es realmente secreto, y no por ello deja ese dicho tono solemne. Por eso recurre a la farsa de la falsa sinología.

Tsin-Pau, como especulativamente el mismo Carlos Montemayor, se ve enfrentado a un panorama de retorno que no sólo cambia su vida; de cierta manera es el símbolo mismo de su fin, es la muerte de su versión antigua. Que Tsin-Pau, con los ojos de su creador, algo vio en la cotidianidad a la que regresó, en su propia *Calzada de los Templos*, en ese retorno juvenil algo infantilizado —algo. ¿Cómo habría, podemos imaginar, o en qué estado, recibido Parral al ya estudiado Carlos Montemayor tras la vida en la metrópoli? ¿Habría venido como su héroe trágico Tsin-Pau a gobernar? ¿Y qué lo habría detenido? ¿Qué vio, más allá de su Parral, en sí mismo?

Tal vez Montemayor, en su propia *Calzada*, y viendo su misma vida no se entrega al poder, a ningún tipo de administración, con lo bueno y lo malo que podría conllevar. Se entrega, de alguna manera, a la poesía del espíritu al volverse decididamente un escritor, literato, erudito, humanista. En la misma visión que tiene su Tsin-Pau hay un cambio de voz narrativa, pasando a narrarse en primera persona. Encontrar el sentido interno como una condena.

Porque, ¿realmente muere? Aunque el debate no importe, yo me opongo.

Ni siquiera pienso que Tsin-Pau visionó su muerte; pienso que lo que vio, lo que fuese, sólo lo pudo identificar con ella. Fue una revelación, raro en un hombre tan verbal como Montemayor, que rasca más la naturaleza de lo inefable, sólo comparable entonces a una ensoñación china. Una afrenta a que la vida sensible viene con sus consecuencias; el cambio de visión al que se somete Tsin-Pau no es otro que la condena que es el ver hacia adentro, ese conocimiento profundo. Y una vez que pasa y que obtiene el vistazo, nada más allá afuera tiene peso. Todo entonces pierde. Ese es un tipo de muerte. Durísima. ¡Peor aún! ¡Es sólo el vislumbre de la muerte y la condena de vivir esperando hasta encontrarla!

Tal vez da un vistazo genial Montemayor para leer a todo el fenómeno de la falsa erudición: no es un juego frío; es un disfraz para expresar una experiencia espiritual o emocional imposible de nombrar directamente. Y resulta virtuoso su ejercicio. Una vez más, como siempre en la buena literatura, lo verosímil importa más que lo verdadero.

Como Borges, cuya teoría literaria nos puede servir parcialmente en clave para desentrañar a su hermano lejano, y nunca confeso discípulo (o más certeramente producto de una misma tradición), yo aconsejaría esta hipótesis que él mismo da en *La postulación de la realidad*: «la imprecisión es tolerable o verosímil en la literatura, porque a ella propendemos siempre en la realidad».

LA LECTURA COMO ESCUCHA: TRADUCCIÓN SONORA EN TRÍPTICO GNÓSTICO

Carlos Alfredo González Olvera



Fotografía: Susana de la Garza
Carlos Montemayor y Mtro. Antonio Bravo

La primera experiencia leyendo a Carlos Montemayor no fue únicamente la palabra ni la de imaginar un lugar, sino la sensación de estar escuchando. La lectura evocaba sonidos que parecían desplazarse y habitar el espacio. Esa escucha imaginaria o auralización ocurría desde la experiencia propia, desde la memoria y desde los sonidos acumulados en distintos entornos. En algunos de los textos de Montemayor — y también en entrevistas donde el propio autor habla de su relación con los sonidos del desierto, las voces a la distancia y la resonancia de los lugares— aparece una

atención particular a lo sonoro, además del revelador cuento de “Nora”, donde un personaje recolecta sonidos. No se trata únicamente de describir ambientes, sino de construir una dimensión sonora dentro de la narración. Desde lo que he podido leer de su obra, esa presencia del sonido se vuelve un detonador de escucha interna.

Esa primera experiencia sucedió con los relatos de Las llaves de Urgell. La lectura de esta obra fue para componer a partir de ella una serie de piezas para el ensamble de cámara Kinich Ahau, del cual soy director

e integrante, con una dotación de trío de cuerdas, flauta y guitarra. Durante la lectura, además de las descripciones que hace el autor de los lugares y de los estados de ánimo de los personajes —material para reflejarme en ellos y construir sonoridades y melodías como una especie de diseño— encontré otra cosa: estaba escuchando sonidos no relacionados directamente con la música, sino algo más cercano a un paisaje sonoro, como lo comenta Michel Chion en *El Sonido* acerca de un poema de Victor Hugo.

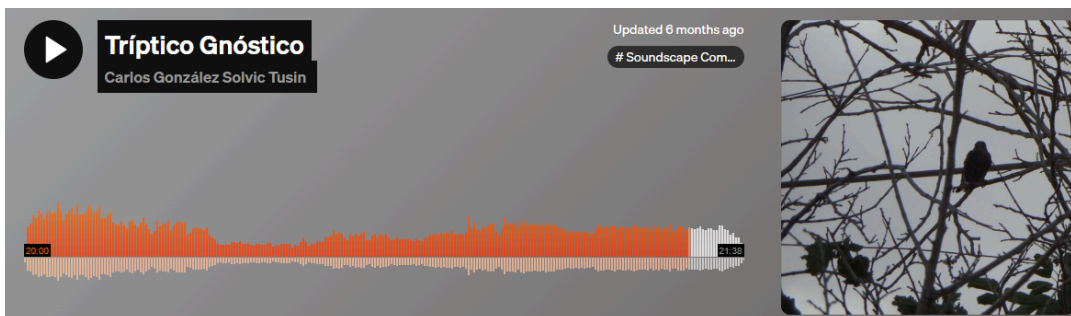
Pasado el tiempo de la composición de *Urgell*, al ingresar a la Maestría de Estudios y Procesos Creativos en Arte y Diseño de la UACJ, empecé a indagar en el concepto de paisaje sonoro propuesto por R. Murray Schafer y la traducción intersemiótica o transposición planteada por Roman Jakobson, entendida como el paso de un sistema de signos verbales a otro sistema de signos. En este caso, del texto al sonido. Desde esa línea se desarrolló la investigación y escogí trabajar con tres relatos del libro *Cuentos Gnósticos*, principalmente del apartado *Imaginario*, particularmente aquellos en los que el sonido aparece como elemento central desde el propio título. Relatos como “Canto”, “Danza” y “Monodia” presentan campanas, cantos, músicos, resonancias en espacios religiosos, sonidos de insectos, voces lejanas y de seres inmateriales. Más que pensar estos elementos como simples descripciones, los relatos fueron abordados como paisajes sonoros en sí mismos: espacios de escucha contruidos desde resonancias, distancias, silencios, capas de sonido y desplazamientos auditivos. De esta manera, no se trató de una traducción literal ni de ilustrar los cuentos mediante sonidos. El proceso consiste más bien en establecer relaciones, desplazamientos y correspondencias entre la literatura y el

entorno sonoro: qué sonidos permanecen, cuáles cambian, cuáles aparecen desde la memoria y cuáles se activan durante la auralización de la lectura.

La composición de paisaje sonoro o *Soundscape Composition* —entendida desde la propuesta de Barry Truax como una práctica compositiva que mantiene una relación perceptible con el entorno y sus referencias sonoras— surgió al trasladar esas relaciones sonoras al paisaje sonoro de Ciudad Juárez, utilizando grabaciones de campo realizadas en distintos puntos de la ciudad y registros del entorno inmediato. La lectura activaba asociaciones con espacios conocidos, memorias y experiencias auditivas acumuladas, pero siempre desde una escucha situada en el propio territorio.

Para organizar el proceso de traducción se desarrolló un modelo de análisis a partir de los relatos. En una primera etapa se identificaron elementos sonoros presentes en el texto: campanas, cantos, insectos, voces, resonancias o desplazamientos auditivos. Paralelamente se trabajó con elementos discursivos no sonoros, es decir, acciones, atmósferas, tensiones o descripciones espaciales capaces de detonar una escucha imaginaria. A partir de ello se construyó una relación entre el relato y el paisaje sonoro, pensando qué elementos podían conservarse, cuáles cambiar, omitir, extender o incorporar durante el proceso de transposición hacia el sonido, operaciones que algunos teóricos identifican como parte de la traducción intersemiótica.

La estructura de las piezas partió de los propios relatos y de la manera en que los eventos sonoros aparecían y se desplazaban dentro de la narración. Las grabaciones de campo realizadas en Ciudad Juárez



funcionaron como material principal de composición. Para “Danza” existió un primer acercamiento sonoro antes de la pandemia: una grabación de baja calidad realizada durante una celebración con matachines, registro que funcionó más como detonador y bosquejo de la pieza que como material definitivo. Durante el periodo de confinamiento se desarrolló una primera estructura utilizando sonidos de fuego y cerdos tomados de bancos sonoros, debido a las limitaciones de movilidad. Posteriormente se incorporaron grabaciones de campo realizadas durante la festividad de San Lorenzo, particularmente recorridos sonoros alrededor de los matachines y el ambiente ritual de la celebración. En “Canto” se utilizaron campanas de la Catedral y de la Misión de Guadalupe, además de sonidos ambientales del entorno urbano. Para “Monodia” se trabajó principalmente con mi propia voz interpretando *Da Pacem Domine* a manera de canto monódico, además de grabaciones de grillos, chicharras y sonidos de guitarra transformados para aproximarse tímbricamente a la voz humana.

La transformación de estos materiales se realizó mediante síntesis granular y distintas técnicas de la música electroacústica presentes a lo largo de todo el tríptico, buscando extender, desplazar y reorganizar el material sonoro más allá de su referencia original.

La composición también fue pensada desde la espacialidad del sonido. Más que una escucha estereofónica tradicional, las piezas fueron concebidas en formato multicanal, buscando aproximarse a la percepción de un entorno sonoro real y al desplazamiento de los sonidos dentro del espacio.

En este sentido, *Tríptico Gnóstico* no plantea una adaptación literal de los cuentos de Carlos Montemayor, sino una transposición hacia otro espacio perceptivo. La literatura activa una escucha; el paisaje sonoro reorganiza esa experiencia desde el territorio, la memoria y la grabación de campo. Esta composición parte de mi propia traducción y escucha de los relatos, atravesada por el entorno sonoro de Ciudad Juárez y por mi experiencia auditiva. De la misma manera, cada lector —o cada escucha del tríptico— podrá construir sus propias referencias, asociaciones e interpretaciones sonoras. Leer, en este caso, termina convirtiéndose también en una forma de escuchar.

Link para escuchar la pieza en formato binaural, escucha con audífonos, para escucha en vivo se requiere un sistema cuadrafónico.

<https://on.soundcloud.com/5Ly9JFHVRzVx8lzVd7>

CARLOS MONTEMAYOR, CARMINA BURANA Y LOS GOLIARDOS.

Federico J. Mancera-Valencia

Carmina Burana tiene que ver con una serie de historias encadenadas donde la irreverencia hacia el status quo clerical se manifestaba desde épocas tempranas. Es decir, durante la edad media, período del “desvío de mil años” así llamado por Descartes, se presentaban incongruencias entre el quehacer eclesiástico y los valores cristianos. Como todo mundo sabe, Carmina Burana significa “Cantos de la Abadía de Benediktbeuern” o su abreviatura “Canciones Beuern” (Ilustración 1) los cuales se constituyen en un conjunto de poemas elaborados por los Goliardos, monjes errantes de la Baja Edad Media. La Abadía de Benediktbeuern se ubica en Alta Bavaria al pie de los Alpes Alemanes. Esta Abadía perteneció a la orden Bededictina y fue fundada en el año 739 D.C.

La orden proviene de los principios desarrollados por Benito de Nursia (480-543) considerada como una de las órdenes más antiguas de Occidente y en el que los “monjes negros” (Ilustración 2), comúnmente conocidos, realizan nuevos estilo benedictino y votos solemnes de estabilidad (fidelidad a su monasterio y al Abad), búsqueda de la perfección (o conversión de costumbres) y obediencia a la Regla (castidad, renuncia a la propiedad privada, retiro del mundo, frugalidad y trabajo). Pero igualmente está vinculada a la historia del retiro, y a la visión del ermitaño que vive en cuevas. Por esto no es gratuito que sea considerado el patrono de los espeleólogos y estudiosos. Se afirma que San Benito “no fue un erudito, pero de su orden, derivaron los monjes que



Ilustración 1 Cantos de Beuern. copiarían los manuscritos antiguos y que contribuyeron a conservar los conocimientos clásicos” (Royston, 1986).

Es por eso que en la Abadía de Benediktbeuern se encontraron los poemas goliardos escritos en una variada mezcla de latín medieval: “unos pocos en alto alemán medio, francés antiguo o provenzal. Muchos son de estilo macarrónico, una mezcla de latín y alemán o francés en lengua vernácula. El códice de “Carmina Burana”, fue encontrado en 1803, por Johann Christoph Freiherr von Aretin (1772-1824) y

fue publicado por primera vez en 1847 por el lingüista y bibliotecario Johann Andreas Schmeller, (Ilustración 3), ahora ubicados en la Biblioteca Estatal de Baviera identificados como CLM 4660.

Carlos Montemayor solo realizó la traducción de algunos poemas y canciones Goliardas de Carmina Burana. De acuerdo con los reportes archivísticos que realiza esta biblioteca, (Imagen 4) Carmina Burana (CB) es un manuscrito escrito en 1230, constituido por 254 poemas y textos dramáticos entre los siglos XI al XIII, por dos escribanos diferentes en un temprano estilo gótico minúsculo compuesto por 119 hojas de pergamino. Es notable que las páginas escritas a mano se dirigían a una carpeta pequeña, llamada Codex Buranos.

En general, las obras contenidas en el *Codex Carmina Burana* se organizan en cuatro grupos según el tema:

- 55 canciones de moral y burla.
- 131 canciones de amor.
- 0 canciones de juego, y;
- 2 piezas de teatro espiritual.

Sin embargo, tiene muchas excepciones que se clasifican como canciones de amor, y que en realidad no lo son, ya que contienen una canción para el duelo entre los muertos, una sátira, y dos cuentos educativos sobre los nombres de los animales.

También, se afirma, que era probable que otro grupo de poemas espirituales estuvieran incluidos en el Carmina Burana. En un folio adjunto se contiene una mezcla de 21 canciones, por lo general espirituales y vinculadas a San Erasmo, algunas de las cuales sólo han sobrevivido en forma de fragmentos. Estos grandes grupos temáticos también pueden subdividirse, por ejemplo,

el fin del mundo y canciones sobre la cruzadas.

Otros temas que se repiten con frecuencia incluyen: críticas sobre la codicia en la iglesia, que, con el advenimiento de la economía monetaria en el siglo XII se convirtió rápidamente en un problema importante, que siglos después se vislumbrará con Martin Lutero; lamentaciones sobre el flujo y reflujo del destino humano o sobre la muerte, la celebración de la llegada de la primavera; sobre temas de la violación y seducción de pastoras por los caballeros, la relación entre los alumnos y clérigos y la descripción del amor. Sobre todo elegías eróticas fueron reproducidas, imitado y exagerado a lo largo de todo el Carmina Burana. Las representaciones de relaciones sexuales en el manuscrito son francas y hasta agresivas a veces. Por ejemplo, hace uso de la lírica para describir un acto de amor durante diez horas con la diosa del amor Venus.

Esta imagen muestra la primera página de Carmina Burana (Ilustración 1). En la parte superior de la imagen, se muestra la rueda de la fortuna. La figura en la parte superior es un rey, y la escritura en el margen, dice: "El Reino", "yo mando", la siguiente palabra la figura de la derecha es "regnavi": "Me han descartado"; la palabra junto a la figura a la izquierda es "regnabo": "yo gobernaré"; y la escritura bajo la figura en la parte inferior es "sine regno sum": "estoy sin regla."

De esta forma cuando la rueda gira, cada figura explica las experiencias de buena y mala fortuna. Debajo de la imagen está el texto de una canción sobre la variabilidad y la acorazada fortuna.

Por otra parte, (Ilustración 1) nos muestra el *Ich was ein chint so wolgetan*, es decir,

"Yo era un niño tan adorable":
Él puso sus manos sobre mi carne blanca,
no sin timidez dijo:

*Voy a hacer una mujer de usted;
usted tiene una boca hermosa!
Hoy y oe!
Vergüenza sobre los árboles de tilo
que estaba junto a la carretera!
Se quitó en mi las cosas,
mi cuerpo quedó al descubierto,
irrumpió en la puerta de mi pequeña
en posición vertical con su lanza.
Hoy y oe!
Vergüenza sobre los árboles de tilo
que estaba junto a la carretera!*

Carlos Montemayor realizó una de las traducciones más solicitadas de *Carmina Burana* en castellano. El texto "La poesía de los Goliardos" (Ilustración 5) fue desarrollado a partir de la traducción de tres textos: uno del latín e italiano desarrollado por la historiadora Luisa Vertova (*Carmina Burana selecta. Canti goliardici medievali*), otro derivado de la lengua alemana y escrito por el arqueólogo e historiador del arte, Ernst Buschor (*Carmina Burana. Benediktbeurer Lieder*) y también del texto *Canto de Goliardos*. Editado por Seix Barral.

Fuentes:

Montemayor, Carlos (1987) *La poesía de los Goliardos*. SEP.

Royston, Pike, E. 1986. *Diccionario de Religiones*. FCE. México, D.F. p. 59.

Schumann, Karl. 1990. "Song from medieval Bavaria", en: *Orff. Carmina Burana*. DVD. Video.

www.library.northwestern.edu/sl/garrett/kloster/carmina.htm



Ilustración 2
San Benito de Nursia. Fundador de la
Orden de Monjes Benedictinos o Negros



Ilustración 3 Biblioteca de Baviera.



Ilustración 4 El Carmina Burana.

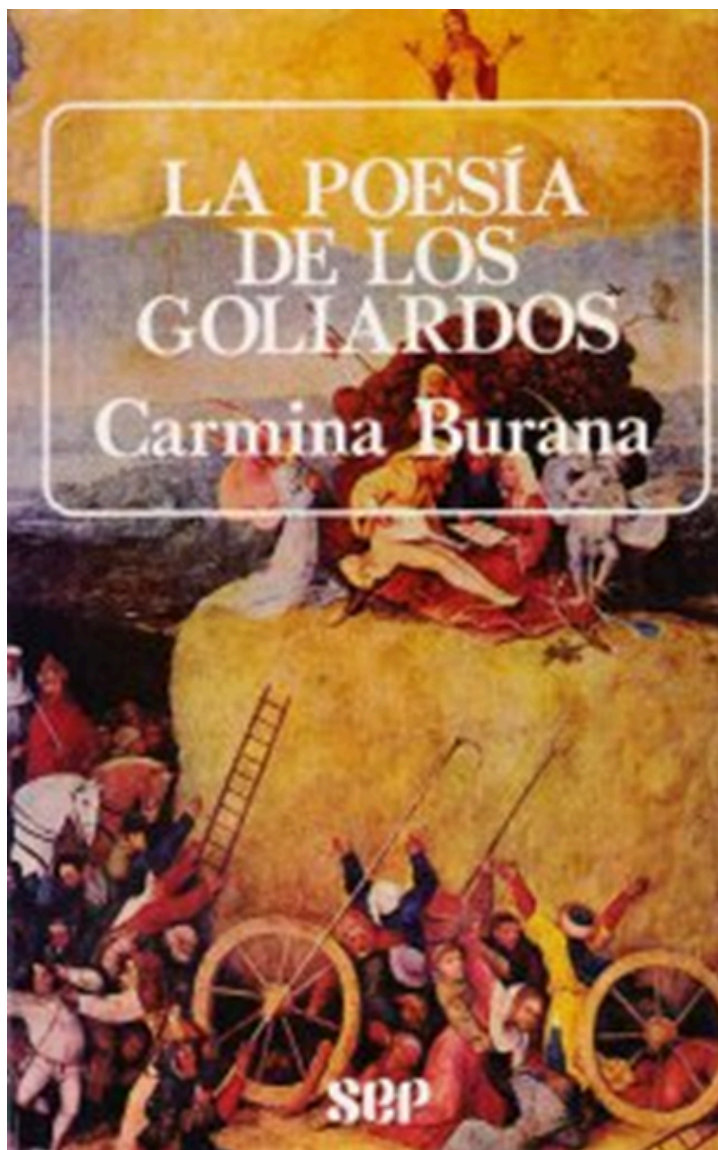


Ilustración 5.
Carlos Montemayor (1987) *La Poesía de los Goliardos*. SEP.

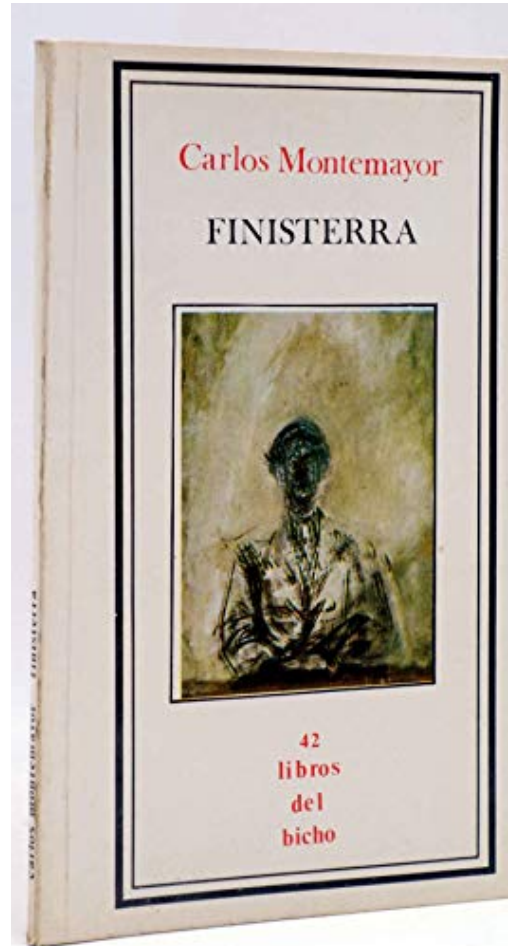
VISITACIÓN

Rebeca Alday

Cuánto se habla de la memoria, pero no de la poesía que hace brotar las sales de lo entrañable. En una ciudad tan chica estaba creciendo una defensa literaria que pronto partiría a las grandes ciudades. Allí el presente le exigiría reubicar las memoranzas y, con ellas, la denuncia y la composición lírica. Montemayor resultaría ser hombre de batalla: defensor de la ruralidad y la cultura indígena, conocedor de las lenguas nacientes y olvidadas, reivindicador de la poesía... El resto no me acontece renombrarlo.

La musicalidad con la que trabajaba data, quizá, no solo del experto literato, sino de un cuerpo telúrico y existencial bajo el cual compone "Memoria" de *Finisterra* y *Abril y otras estaciones*. La concepción del ritmo y la imagen evoca fieles despertares de sus hallazgos entre una tierra y otra. A veces tratándose de las huertas, las estaciones, los sauces, el cauce del río y las minas que movilizaban a Parral. Mientras tanto, la cuestión de la perdurabilidad humana renacía consecutivamente en sus poemas, tratando —asimismo— la memoranza como una cápsula de gozo (y angustia) pertinente.

Montemayor a través de este cuestionamiento, desplegaba las necesidades de la lírica a la vida, porque solo así -narrándose desde la permanencia- se simboliza al cuerpo rojo, azul, y verde. No cabe duda, en esta ciudad se gestaron múltiples facetas desde la sensibilidad de un poeta. Una consciente vulnerabilidad que se interioriza y se expande hacia otros saberes de la lengua, y un guerrillero que creía que "la plata era blanca, brillante como la lluvia en las noches" ("Memoria de la plata", *Finisterra*, 1982).



De sus poemas pende la trascendencia tanto literaria como familiar, pues antes de haber concebido este interés por la lectura y la creación, era su padre, Carlos Montemayor Díaz, poeta. La sangre de donde se germina la pulsión creativa dio pie a un humanista que una ciudad de pocas luces insistía conocer. Cuánto habrá por decirse del hombre que instruye aún después de la muerte.

DEL RETORNO A LAS MINAS

Vicente Alfonso

Mi abuelo materno, Vicente Aguirre Chávez, nació en Parral en 1921. Su historia fue la de muchos hombres de su generación: estudió hasta tercero de primaria y después tuvo que trabajar en las minas. Creció entre lámparas de carburo, góndolas y barretas. Con el tiempo llegó a denunciar y explotar sus propios yacimientos. Cuando yo lo conocí, a mediados de los ochenta, la minería seguía siendo su vida. Tal vez porque mi hermano y yo éramos sus únicos nietos hombres, los fines de semana pasaba por nosotros para que lo acompañáramos a trabajar. Estaba empeñado en enseñarnos el oficio desde pequeños: nos llevaba a visitar lo mismo minas subterráneas que cortes a cielo abierto. Otras veces buscábamos maquinaria o le acompañábamos a desayunar con geólogos. Otra forma de instruirnos era darnos muestras de distintos materiales: así aprendí a reconocer el violáceo espatoflúor, la verde malaquita, las transparencias del cuarzo. Una mañana encontré en su oficina un costal que rebosaba de rocas doradas y brillantes. Emocionado, corrí a preguntarle si era oro. Para ti sí, contestó, provocando la risa de los trabajadores que le acompañaban. Alguien me aclaró que no era oro sino sulfuro de hierro o pirita, conocida también como *oro de los tontos*.

Todo esto explicará por qué, la mañana que encontramos en un puesto de periódicos un libro cuya portada exhibía una brillante roca de pirita, no pudimos dejarlo pasar así como así. Que el libro además se llamara *Minas del retorno* y que en la cuarta de forros prometiera historias de Parral y de viejos buscadores de oro, lo convertían en una tentación irresistible.



Foto, cortesía de Otto Martizo

Mentiría si digo que caí hechizado por la consistencia de una prosa ceñida, muy bien trabajada, donde se advierten resabios de los clásicos grecolatinos, o que me conmovió la profunda visión con que Montemayor narra la miseria en que caen los mineros. Y no es porque la novela no tenga esas virtudes, sino porque era yo un niño de resortera en el bolsillo que a lo mucho leía tiras cómicas y libros de aventuras. Debieron pasar al menos trece años más para que me diera cuenta del enorme valor de las novelas de Carlos Montemayor.

Como se sabe, *Minas del retorno* cuenta la historia de muchos personajes, pero sobre todo de dos: por un lado está Alfredo Montenegro, un hombre que se empeña en hallar alguna veta y explotar su propia mina. El drama de Alfredo nos llega contado a través de un amigo cercano, quien también consigna sus propias decisiones: en lugar de hacerse minero, se vuelve profesor y escribe poemas, aunque quienes le rodean, incluido Alfredo, piensan que escribir no es un trabajo de verdad.

Pero es mucho más lo que la novela nos cuenta: resulta fascinante la habilidad con que Montemayor retrata los procesos de larga duración que condensan o dispersan a las familias y a comunidades enteras en busca de la supervivencia. Historias que en América Latina conocemos muy bien. Por un lado vemos una dolorosa crónica del declive de los pueblos abandonados a su suerte cuando las compañías extranjeras pierden el interés en la zona. Minas inundadas, pueblos devastados por la pobreza. Pero vemos también cómo a inicios de la década de los cuarenta el estallido de la Segunda Guerra Mundial eleva el precio de los metales, del manganeso y del tungsteno, lo que genera un auge en la región de Parral.

La novela deslumbra también por los recursos con que Montemayor recrea los procesos de la memoria: en el capítulo siete, cuando Alfredo se da cuenta que “no ha salido de los mismos sitios, de las mismas tierras”, y que su vida ha sido “huir en círculo, de lugar en lugar, siempre retornando a lo mismo”, resulta imposible no pensar en ese tiempo sin tiempo creado por Juan Rulfo, su mentor en el Centro Mexicano de Escritores.

Lo más relevante que ocurrió en los trece años que mi ejemplar de *Minas del retorno* estuvo dormido en un librero es que perdí a mi abuelo, quien murió de un infarto la madrugada del 7 de noviembre de 1999. Murió en mi habitación, sentado en la cama de mi hermano, mientras mi madre le tomaba la mano. Para ese momento yo estaba por salir de la universidad y, aunque me apasionaban el periodismo y la literatura, no tenía la menor idea de por dónde empezar a construir mi vida adulta. Quienes me conocen saben que, en busca de trabajo, intenté recuperar el negocio minero que ya por entonces estaba en franco declive. Un accidente laboral me hizo desistir de aquella ruta. Paradójicamente, fue en esa época cuando la novela de Montemayor se me reveló como una veta. Más que el camino de Alfredo Montenegro, debía seguir el de su amigo el poeta, aunque a la vista de quienes le rodean aquello no fuera un trabajo real. Por eso, por el peso que la novela tiene en mi formación y en mi memoria, es que cada cierto tiempo, cuando me siento en riesgo de olvidar quién soy, retorno a las minas exploradas por Don Carlos.

APROXIMACIONES AL DESIERTO Y A LOS SUEÑOS EN LOS RELATOS “EL REGRESO” Y “RAMADÁN”

Victoria Montemayor Galicia

La obra de Carlos Montemayor es vasta y prolífica, de cuentos fantásticos a obras de guerrilla, de poesía a traducciones y estudios especializados en lenguas originarias, entre otras. En esta ocasión trataré brevemente sobre tres temas recurrentes en su obra: el desierto, los sueños y lo sacro en los relatos de “El regreso” en *Las llaves de Urgell* y en “Ramadán” de *Cuentos gnósticos*.

El cuento de “El regreso” trata sobre un viejo profeta árabe que está agonizando y en esa agonía sueña con su muerte, la ciudad y el desierto:

ASHAHL-IBN-MULSIM-IDDAN, agonizante, cargado de vejez, creyó recordar la imagen que los sueños le dieron desde su niñez hasta los días que ahora sentía terminar en la oscuridad de su lecho [...] El cansancio de la agonía le abrió los ojos, deseó saber si aún estaba, ver la habitación; pero el largo escrutinio del Libro los había lavado de la visión de las cosas y los cerró nuevamente [...] El sueño se repetía en su cabeza vieja: el anciano profeta que abandonó el desierto y bajaba a la ciudad en busca de reposo. [...] Al cabo de varios años su vida se quebrantó, su espíritu: lejos del desierto, lleno de vejez, en la serenidad terrible de la agonía, el profeta vio llegar la muerte, la suya, la que se le había destinado, la que le pertenecía, la que sólo era para él.



Fotografía: Victoria Montemayor

En este fragmento observamos cómo las imágenes del sueño se confunden en la agonía con los recuerdos. La muerte que es la suya lleva su misma figura y se posa en su cabecera.¹ El desdoblamiento del profeta que se observa en el lecho de su propia muerte y que en su sueño cree regresar al desierto, a la soledad. Los elementos sacros son persistentes a lo largo de *Las llaves de Urgell* y *Cuentos gnósticos*.

¹ Este relato recuerda el famoso poema del poeta italiano Cesare Pavese, “Verrà la morte e avrà i tuoi occhi” [Vendrá la muerte y tendrá tus ojos]: Verrà la morte e avrà i tuoi occhi/questa morte che ci accompagna/dal mattino alla sera, insonne,/sorda, come un vecchio rimorso/o un vizio assurdo. I tuoi occhi/saranno una vana parola,/un grido taciuto, un silenzio./

En este caso el Libro, el estudio, la visión, y quizá parezca obvio: el *Corán*, la religión musulmana, y el ritual se hacen presentes en el relato, el profeta y la visión: “le pareció revivir los momentos en que los signos del Libro se metían en sus ojos para despojarlo de las cosas”.

El relato de “Ramadán” es todavía más complejo. Montemayor da vida a un personaje francés: M.O. Mortenay (Le Puy, Francia, 1874-1955), corresponsal de prensa a principios del siglo XIX en varias regiones del Medio Oriente, investigador de “grupos y hermandades secretas”, de religiones antiguas, de cuestiones filosóficas, cabalísticas, místicas y gnósticas, quien se encuentra en la ciudad de Isa, en el Cairo, investigando sobre los gnósticos y los piadosos. En esta estancia M.O. Mortenay se encuentra justo en plena fiesta de purificación. El desierto se presenta como un espacio místico y sagrado que esconde sus propios tesoros: el Nilo, el mito de Isis y el desmembramiento de Osiris, el ritual, el ayuno, ciertas costumbres como el tabaco y el café, son elementos que se integran en el desarrollo de la historia que se cruza con las investigaciones de las hermandades secretas y las discusiones filosóficas. Quizá el relato de “El regreso” ya esbozaba de alguna manera el siguiente libro de cuentos.

Hypnos y Thanatos se funden en ambos relatos. La religiosidad, la filosofía, el desierto, y el elemento onírico se van entrecruzando de manera que todo el libro forma un conjunto de relatos e investigaciones en el que el pensamiento medieval, renacentista, barroco y filosófico desde diversas visiones hacen compleja la lectura y el descubrimiento de mundos que se encuentran y se complementan.

Così li vedi ogni mattina/quando su te sola ti pieghi/nello specchio. O cara speranza./quel giorno sapremo anche noi/che sei la vita e sei il nulla./Per tutti la morte ha uno sguardo./Verrà la morte e avrà i tuoi occhi./Sarà come smettere un vizio,/come vedere nello specchio/riemergere un viso morto,/come ascoltare un labbro chiuso./Scenderemo nel gorgo muti. [Vendrá la muerte y tendrá tus ojos/esta muerte que nos acompaña/de la mañana a la noche, insomne,/sorda, como un viejo remordimiento/o un vicio absurdo. Tus ojos/serán una vana palabra,/un grito taciturno, un silencio./Así los ves cada mañana/cuando sola te inclinas/en el espejo. Oh querida esperanza,/aquel día también nosotros sabremos/que eres la vida y eres la nada./Para todos la muerte tiene una mirada./Vendrá la muerte y tendrá tus ojos./Será como dejar un vicio,/como ver en el espejo/aparecer un rostro muerto/como escuchar un labio cerrado./Descenderemos en el abismo mudos].

LA CIUDAD QUE RECUERDA EN SILENCIO: EL TERRITORIO EN LA OBRA DE CARLOS MONTEMAYOR

Paola Chaparro-Medina



¿De dónde viene una escritura? ¿Cómo emerge una obra literaria como fuerza que modela la sensibilidad y la conciencia de un territorio? Hay escrituras que parecen venir de una manera de escuchar la noche, de sentir el sonido del río, de presenciar lo intempestivo de la lluvia, de aprender de la piedra y de los silencios...de los minerales que surcan la existencia, que transitan entre relatos de vida e historias que dibujan la identidad que viene de la tierra. La obra de Carlos Montemayor se encuentra en esa combinatoria entre genialidad que viene de sí y, que a la vez, se

enraíza en una profunda sensibilidad territorial atravesada por la memoria colectiva de las voces que no han sido escuchadas.

El universo creativo de Montemayor orbita una forma de percepción. Su escritura, si bien, es una memoria del norte, al mismo tiempo, trasciende sus límites...delinea una universalidad bajo una experiencia humana radical: los pasajes vitales que atienden el origen, la oscuridad, los silencios, las memorias...esa experiencia que es sumamente humana. Esa experiencia marcada por lo más cercano:

la casa, que aparece con un espesor entre los silencios y las miradas que la habitan; las conversaciones, que como un tumulto se despliegan en la memoria nostálgica de lo conocido; la infancia; que se recrea cada que recorremos las calles empedradas bajo los recuerdos de la tierra. Y así, la lista de un universo particularmente situado, converge simultáneamente, con algo tan inconmensurable como la experiencia que condiciona cada existencia humana. El territorio, por tanto, no es un simple fondo, se trata de una fuerza vital que le va modelando el respiro de su prosa, la sensibilidad de un verso, la nostalgia de su narrativa.

Sus poemas y narraciones delinean un recorrido entre la plata, los cerros, la tierra removida, el polvo de los caminos, la pesadumbre en los cuerpos que laboran la mina, en sí, en la experiencia humana que se habita en el recuerdo, en la evocación, pero también, en la permanencia. La nostalgia tiene un toque intacto, como tiempo detenido, como imágenes que transitan por esa memoria compartida de quienes hemos vivido en la intimidad de lugares que se arraigan en nosotros mismos.

Es por eso por lo que su universo creativo puede ser leído como una larga línea desde el origen hacia una identidad que no obedece a clausuras, pero que comprende que hay una memoria sensible que le viene como una cadencia que se vive como belleza y dureza; a la vez, como tierra árida, pero también, hospitalaria. Convierte la experiencia en forma, el paisaje en una respiración vital y verbal, por ende, logra transformar la memoria en una trama de sentido que se va expandiendo a preguntas mayores sobre el lenguaje, la historia, la vida en común, la permanencia de lo humano.

Tal vez el territorio es el fondo que hace singular el universo creativo de un legado literario que sentimos tan propio; pero que es tan trascendental, que escapa de nosotros mismos. Posiblemente la fuerza de Montemayor procede de un territorio poderoso, que es tan universal como el mundo mismo; y que es tan particular como la tierra lejana, sensible y próxima a las sensibilidades de las personas que provenimos de algún lugar donde la tierra y el polvo gravitan fundiéndose en uno solo. Es la fuerza de ese espacio que radica en la memoria donde los ecos de las casas han aprendido a resistir el tiempo, donde las calles de los versos que nos ha dejado van atesorando una dignidad silenciosa que apela al despliegue de nuestra identidad.



Fotografía:
George O Jackson, Jr.